

Ririro.com/es te ofrece esta historia de forma gratuita. Nuestra misión es dar a todos los niños del mundo acceso gratuito a diversas historias. Las historias se pueden leer, descargar e imprimir en línea y cubren una amplia variedad de temas, incluidos animales, fantasía, ciencia, historia, diversas culturas, etc.

Comparte con otros nuestro sitio web para apoyar nuestra misión. ¡Que lo pases muy bien leyendo!



Ririro

LA IMAGINACIÓN ES MÁS IMPORTANTE QUE EL CONOCIMIENTO

Ririro

La Tormenta

Hacía mucho calor cuando el tío Pablo y Julio salieron. Con un sol abrasador, estaban seguros de encontrar a las orugas en su bolsa de seda, donde no dejan de refugiarse para resguardarse de una luz demasiado brillante para ellas; a una hora más temprana o más tarde, los nidos podrían estar vacíos, y el viaje resultaría en vano.

Con el corazón lleno de las ingenuas alegrías propias de su edad, la mente preocupada por las orugas y sus procesiones, Julio caminaba a buen paso, olvidando el calor y el cansancio. Se había desanudado la corbata y se había echado la blusa sobre los hombros. Un palo, cortado por su tío del seto, le servía de tercera pierna. Mientras tanto, los grillos cantaban más fuerte que de costumbre; las ranas croaban en los estanques; las moscas se volvían burlonas y persistentes; a veces, una bocanada de aire soplaba de golpe a lo largo del camino y levantaba una columna de polvo arremolinada. Julio no se fijó en estas señales, pero su tío sí, y de vez en cuando miraba al cielo. Las masas de niebla rojiza en el sur parecían preocuparle.

—Quizás llueva —dijo—, debemos darnos prisa.

A las tres estaban en el pinar. El tío Pablo cortó una rama en la que había un magnífico nido. Había acertado: todas las orugas habían vuelto a su alojamiento, tal vez

en previsión de mal tiempo. Luego se sentaron a la sombra de un grupo de pinos, para descansar un poco antes de volver. Naturalmente hablaron de orugas.

—Las procesionarias, según me dijiste —dijo Julio—, dejan sus nidos para esparcirse por los pinos y comerse las hojas. En efecto, hay muchísimas ramas casi reducidas a palos de madera secos. Mira ese pino que señalo; está medio deshojado, como si le hubiera pasado fuego encima. Me gusta cómo viaja la procesionaria, pero no puedo evitar compadecerme de esos hermosos árboles que se marchitan bajo los dientes de la miserable oruga.

—Si el dueño de esos pinos comprendiera mejor sus intereses —respondió el tío Pablo—, en invierno, cuando las orugas se reúnen en sus bolsas de seda, haría recoger los nidos y los quemaría, para destruir a la detestable raza que roerá los brotes jóvenes, explorará los capullos y detendrá el desarrollo del árbol. El daño es mucho mayor en nuestros huertos. Varias orugas viven en compañías en nuestros frutales y tejen nidos de la misma manera que la procesionaria. Cuando llega el verano, estas alimañas se dispersan por todos los árboles, destruyendo hojas, capullos y brotes. En pocas horas el huerto queda esquilado y la cosecha destruida en su brotación. Por eso es necesario vigilar atentamente los nidos de orugas, retirarlos del árbol antes de la primavera y quemarlos, para que nada pueda escapar; el futuro de la cosecha depende de ello. Es una suerte que varias clases de criaturas, sobre todo los pajaritos, acudan en nuestra ayuda en esta guerra a muerte entre el hombre y la oruga; de lo contrario, el

gusano, más fuerte que el hombre por su infinito número, arrasaría nuestras cosechas. Pero de los pajaritos hablaremos otro día; el tiempo amenaza, debemos irnos.

Observa cómo la bruma rojiza del sur, cada vez más espesa y oscura, se ha convertido en una gran nube negra que invade visiblemente la parte aún despejada del



cielo. El viento la precede, doblando las copas de los pinos como un campo de granos. Se eleva del suelo ese olor a polvo que desprende la tierra seca al comienzo de una tormenta.

—No debemos pensar en partir ahora —advirtió el tío Pablo—. La tormenta se acerca; estará sobre nosotros en pocos minutos. Démonos prisa y busquemos refugio. La lluvia se formaba a lo lejos como una tenue cortina que se extendía despejada por el cielo. La lámina de agua avanzaba rápidamente; hubiera vencido al caballo de carreras más veloz. Está llegando, ya ha llegado. Violentos relámpagos la surcan, los truenos rugen en sus profundidades.

Julio se sobresaltó al oír un trueno más fuerte que los demás.

—Quedémonos aquí, Tío —dijo el niño asustado—; quedémonos bajo este gran pino tupido. Aquí cubiertos no llueve.

—No, hijo mío —respondió su tío, que percibía que estaban en el corazón mismo de la tormenta—.

Alejémonos de este árbol peligroso.

Y, tomando a Julio de la mano, lo condujo apresuradamente a través del granizo y la lluvia. Más allá del bosque, el tío Paul conocía una excavación hecha en la roca. Llegaron allí justo cuando la tormenta estallaba con toda su fuerza.

Llevaban allí un cuarto de hora, silenciosos ante el solemne espectáculo de la tempestad, cuando un relámpago de fuego, de deslumbrante brillo, rasgó la oscura nube en una línea zigzagueante y golpeó un pino con una espantosa detonación que no tuvo reverberación ni eco, pero que fue tan violenta que cualquiera hubiera dicho que el cielo se estaba cayendo. El espantoso espectáculo había terminado en un abrir y cerrar de ojos. Aterrorizado, Julio se dejó caer de rodillas, con las manos juntas. Lloraba y rezaba. La serenidad de su tío no se alteró.

—Toma coraje, mi pobre niño —dijo el tío Pablo en cuanto pasó el primer susto—. Abracémonos y demos gracias a Dios por habernos mantenido a salvo. Acabamos de escapar de un gran peligro; el rayo cayó sobre el pino bajo el cual íbamos a refugiarnos.

—¡Oh, que susto me he llevado, tío! —gritó el niño—.

Pensé que me moría del miedo. Cuando insististe en salir

corriendo a pesar de la lluvia, ¿sabías que el rayo iba a dar en aquel árbol?

—No, querido, no sabía nada de eso, ni nadie podía saberlo; sólo que ciertas razones me hacían temer la vecindad del gran pino ramificado, y mi intuición me dictó la búsqueda de un refugio menos peligroso.

—Me dirás qué te hizo evitar el peligroso refugio del árbol, ¿verdad?

—De muy buena gana, pero cuando estemos todos juntos, para que cada uno pueda sacar provecho de eso. Nadie debe ignorar el peligro que corre al refugiarse bajo un árbol durante una tormenta.

Mientras tanto, la nube de lluvia, con sus relámpagos y truenos, se había alejado. A un lado, el sol se ponía radiante; al lado opuesto, en la estela de la tormenta, el arco iris doblaba su inmenso arco brillante de todos los colores. Tío Pablo y Julio emprendieron el camino, sin olvidar el famoso nido de orugas que tan caro podría haberles costado.